

LA HABANA VISTA DESDE EL EXTRANJERO

Por Ruy de Lugo Viña.

En un día que acaso fué como este de hoy, velado por los tules espesos de la lluvia, en un día parisino de marzo José María de Heredia escribió aquel soneto donde el hijo del trópico siente la nostalgia enervadora de nuestra luminosidad natal:

Seul, quand finit le jour auprès de la fontaine
 J'aime a m'asseoir, revant á sa douce fraîcheur,
 A laisser la pensée échapper de mon coeur
 Comme les gouttes d'eau de son urne trop pleine.

A la tiède splendeur de la lune sereine,
 Sous ton blanc vetement que traca le sculpteur,
 Tu sembles t'animer, et ma charmante erreur
 Prête des traits amis a ta forme incertane.

O ma belle Indienne, amante du Soleil,
 Que Colomb éveilla du virginal sommeil
 Oú te berçait le chant des vagues amoureuses,

Cuba, o mon pays, sous les palmiers si beaux,
 Qu'il esto doux d'écouter la voix de tes rússeaux,
 Les murmures d'armour de tes nuits lumineuses!

El poeta, cantando así a la fuente de la India, evocaba a Cuba, nuestro país, del cual vivió siempre alejado aunque

conservando el recuerdo de su encantamiento solar, a Cuba, nuestro país, del cual estamos lejos en este día glorioso, pero al cual habremos de volver con las ansias que acaso el poeta también sintiera pero a las que no se rindió nunca.

¡Cuba, nuestro país, al que alguna vez retornaremos, para vivir felices entre el incendio de su ambiente perennemente caliginoso o para morir, también felices, sintiendo como si subiéramos a las alturas en las escalas que los rayos del sol tienen entre la tierra siempre verde y el cielo siempre azul!

En su nostálgico soneto, Heredia le canta a la fuente de la India, y sus versos son como la música de aquellos dibujos en que Mialhe nos dejó una visión de la antigua Habana, cuyo centro de castizas elegancias era aquel parque que hoy se pierde, borroso y anodino, entre las grandezas de la moderna Habana. El gustaba sentarse junto al dulce frescor de la fuente, y así se retrata en su reminiscencia magistral. Contemplemos ahora nosotros la misma visión urbana, que es bien otra, porque el tiempo, que en nuestra América tiene velocidades ráudas, corre más que el vuelo mismo de nuestra fantasía. Y veamos cómo ha sido vista La Habana desde el extranjero...

Situada en un punto geográfico del Nuevo Mundo que es como la llave del Continente colombino, Cuba tenía que ser, en el desenvolvimiento futuro de las vastas tierras ganadas para la civilización, como el sitio providencial que marcaría las rutas en su trayectoria hacia el Oeste, cual si se le tuviera asignado en la epopeya de la conquista y en su magna obra civilizadora, la gloria única de una posición excepcional. La creación geológica estaba hecha, dominando desde su estrategia

geográfica el gigantesco desenvolvimiento de la Humanidad en su exilio prolífico hacia los bosques vírgenes, en su desborde sobre las dilatadas llanuras, en su avalancha hacia las regiones prodigiosas de un mundo nuevo que era para el viejo mundo, gastado y exangüe, la garantía de una expansión que habría de escribir sobre la piel indígena y esculpir en las canteras atlánticas la historia sin fin de sus gestas inmortales.

¡Eso era la ínsula maravillosa, la "bella indiana amante del sol" que nuestro poeta cantará: eso era, por su naturaleza prodigiosa, la isla que se baña de sol sobre el sol derretido que son las tumultuosas horas del Caribe!

¿Qué no sería luego ese florido peñón sinuoso y altivo a medida que fuera alcanzando, ante la curiosa atención del orbe, una posición propia e inconfundible como nacionalidad determinada?... Pronto se determinó el fenómeno, porque, dentro de la órbita de ese portento de la creación, surgió con vida personalísima otro pequeño centro sobre el cual se concentró la faz inequívoca de lo que en su significación tendría que ser para el Universo, la isla de fuego luminoso que atesoraba en sus entrañas fecundidades insospechables. Tal centro ha sido, como un complemento feliz del prodigio natural, esa ciudad de La Habana que hoy evocamos aquí como algo que es parte integrante de Cuba, pero, que es también algo integral por sí misma.

¿Qué ha sido La Habana para aquél mundo nuevo como llave que la Providencia --esa Providencia que puede ser Dios, que puede ser el Destino, pero que siempre es lo Desconocido-- Colocará allí a las puertas del Golfo de México, tal como los antiguos situaran las columnas de Hércules en la frontera que

separa lo explorado de lo infinito?...

La Habana ha tenido su personalidad desde el tiempo mismo en que ganó para el Occidente de la Gran Antilla lo que Baracoa --centinela del mar inmenso que se escondía hacia las rutas de los conquistadores-- perdía para el Oriente y para sí. Se decía Cuba, pero también La Habana ¡y no siempre los que pronunciaban una y otra expresión sabían qué ~~en~~ nexos las ligaba a una misma existencia próspera y a una idéntica suerte venturosa! Por eso fué La Habana, durante aquellos siglos en que los peninsulares contemplaban desde lejos el panorama nebuloso de la Colonia predilecta, la ciudad --tipo inconfundible, llena de vigor extraordinario que bien pronto desbordó su prestigio por el mundo, y cuyo nombre, saturado de leyendas, se repite con singular predilección desde varias centurias atrás por todos aquellos que han abierto sobre las lejanías las ventanas de su esperanza o de su ensueño...

Para la Metrópoli, ignorante de limitaciones geográficas y de topográficas expresiones, para toda esta Europa que deja emigrar sus hijos pero que vive para sí en su letargo milenarío, allá por el Caribe había algo que se llamaba Cuba y algo también que, dentro o fuera de la isla, se denominaba La Habana. Tan vago, tan impreciso era el concepto de aquello que, era entonces casi como "otro mundo" radicado más allá de nuestro planeta! Y fué tanta la resonancia incongruente de tal nombre ¡La Habana!, que bien pronto se conocía acaso más que el del arado geológico que tiende sus caparazón irregular sobre las ondas que besan por igual las Antillas mayores y menores, acaso más que aquella nacionalidad que supo esculpir a perpetuidad en la

memoria frágil de los hombres, con la sangre heroica de sus hijos, un nombre que hoy es glorioso, claro, inconfundible. ¡Quién lo pronuncie con fervor, puede muy bien olvidarse de que La Habana existe!

Pero de esa existencia tomaron siempre nota los cronistas de antaño, para señalar algo que era de Cuba, pero que, a veces, sobrepujaba el concepto que se tuviera sobre lo cubano y todo lo que fuera inherente a su naturaleza, injertó a su constitución, partícula de su vida, corona la más preciada del cotario de aquellas seis villas legendarias que fundara el Adelantado Don Diego Velázquez de Cuéllar: Baracoa, melancólica como una virgen india que se hubiera negado a la fecundidad; Bayamo, que entregó a las llamaradas libertadoras hasta el bronce de las campanas que tocaron a rebato por la libertad; Santiago que supo tener una lágrima para los marinos náufragos después de haberse arrodillado en su santuario del Cobre para pedir el exterminio de los opresores; Puerto del Príncipe, que huyó hacia tierra dentro como para mejor fomentar una casta de criollos que estuvieran siempre dispuestos a dar su existencia y sus bienes por la causa santa; Sancti Spiritus, que no ha querido jamás entregar a las ferrovías civilizadoras el secreto de su alma cubana; Trinidad, que en un tiempo de imperecedera memoria pudo haber pavimentado sus calles con las onzas castellanas hechas del oro que entregó América a cambio de una sangre, de un idioma y de una religión, del alma de una raza que solo habita en países de sol ¡por qué solo ella es digna de que el sol con sus rayos mas puros y sus mas radiantes efluvios la bese y la fecunde!

Esos nombres se perdieron en el fragor universal, y el de La Habana, sin embargo, quedó siempre vivo, como algo a veces indefinido, como algo no del todo preciso, pero lleno de prestigios típicos que ha seducido por igual el astro de los poetas y el pincel de los pintores. La Habana, por algún tiempo, es la heroica villa que rechaza a los invasores extranjeros; se ve a los criollos combatiendo a los ingleses, junto al valeroso arresto de los españoles. Luego, es el puerto de los ~~xxx~~ contrabandos la ciudad de los ñáñigos tenebrosos; mas tarde, el hervidero de las conspiraciones revolucionarias, el ara donde cayeron con el heroísmo de su pura inocencia aquellos mártires de nuestra epopeya, los que hicieron libre a Cuba antes que la tea y el machete de los mambises. ¡El nombre de La Habana se dilata, y corre por el mundo como la expresión típica del Eldorado cuya ruta no supieron encontrar los argonautas conquistadores! Antes de que Buenos Aires fuese la meta de las peregrinaciones occidentales, ya La Habana era la urbe de la esperanza. ¡Lástima que al color de la promesa bienhechora se uniese por siglos, en mescolanza híbrida y repulsiva, el tono amarillo de la espantosa fiebre! Las crónicas de la mortalidad endémica no permitieron que La Habana fuese, en la América que ofrendaba sus entrañas al primero que arribase, lo que es hoy en el Sur la gran urbe latina y lo que en el Norte la inmensa cosmópolis anglosajona. ¿Cuál no hubiera sido al traves de cuatro siglos el desenvolvimiento portentoso de esa ciudad a la que ahora se llega como al propio asiento del paraiso terrenal?...

Con el advenimiento de la República, para La Habana se abre

una era nueva. Ya no es un mito pintoresco, ya no es la ciudad tórrida donde solo el nativo puede vivir, ya no es la tumba de todos los soldados aquellos que a ella llegaron para lanzarse al combate y que, antes de entrar en pelea, rendíanse a una como venganza anticipada. La leyenda de la ciudad tropical de diáfana y lo que pierde en colorido intenso lo gana en resplandor luminoso.

Los sones de la habanera la divinizan, y el que la baila, el que se entrega a sus cadencias cariciosas, sueña con una inefable delicia sin tregua, con un edén fabuloso en el que los frutos son como mujeres de una belleza inenarrable y en que las mujeres son como frutos de un milagro solo allí realizado con expresión suprema de una orgía en que la forma, el color y el perfume se divinizan en materializaciones estupendas! La habanera es la mágica varita que va por el mundo rindiendo voluntades. Sus compases reflejan los atardeceres de la rada del Golfo, las frondas de las quintas del Cerro, las rejas de las ventanas coloniales, por donde las criollas tratan en vano de seguir el paso gentil de sus galanes a lo largo de la calleja empedrada, las calesas que llevan como en vuelo a las damas que no se perdonarían jamás el delito de pisar el barrizal de los paseos de moda, las iglesias que llaman a misa, y la misa, la misa que es también, ante el furgor de los ojos de las criollas, como un rito pagano solo cristianizado por la sencilla bondad de las matronas que rezan por su familia y por su patria! La habanera esparcía por el mundo el olor penetrante de las albahacas y los claveles de las casonas señoriales, y también, en los festines del placer canalla, el vaho del aguardiente de caña bajo

otro nombre trasegado. Y si la danza fué toda Cuba, llena de las fragancias de la campiña la habanera fué siempre La Habana misma: ondulante, graciosa y gentil, pero también ácida, voluptuosa y perturbadora.

Ahora, en nuestra Habana ya se olvidó la habanera; transformada por el progreso y por el lujo, por la modernidad que allí se asoma a todos los rincones y todo lo limpia, pule y engrandece. La Habana se entrega a los sonos de músicas extranjeras. Si en un tiempo hizo a un lado la típica habanera ¿no está ya acaso olvidándose de su castizo danzón? Y es que La Habana ya no es aquél rincón donde el espíritu de los colonizadores, sin perder nada de su esencia, ganó en exquisitez y en esmero, en dulzura y prestancia; ya La Habana no es para el mundo el puerto codiciado por los piratas y buscado por los contrabandistas, aquello que, siendo cubano tenía su personalidad distinta y aparte, como algo que vivía su vida propia gozando de una peregrina autonomía; ya La Habana no es una incognita, porque lo que ha perdido en colorido interior lo ha ganado en fama exterior.

La Habana es la ciudad de las inmensas manufacturas de tabaco, la llave no ya del Golfo de México, sino de la América toda: el Canal de Panamá la ha universalizado, haciendo de ella el punto de reposo y de escala casi obligatoria en la ruta de ambos mares. ¿Cómo la evocaría ahora el poeta? No sería de seguro junto a su menospreciada fuente de la India. Sería mas bien desde lo alto del torreón del Morro, para contemplar el tráfigo incesante que agita su bahía, plácida desde el momento en que retiraron de ella las trágicas remembranzas del Maine; sería

mas bien desde las alturas de la Universidad, para abarcar, de un solo golpe de vista, el ensanche portentoso que ha logrado hacer de la vieja ciudad colonial esa flamante urbe moderna que si perdió la elegancia de su señoría tradicional ostenta en cambio con orgullo, y hasta con cierta petulancia que las futuras generaciones habrán de estilizar seguramente, las bienandanzas de su actual poderío. ¡La Habana, puerto azucarero! ¡La Habana, capital de una democracia inquieta y feliz! ¡La Habana, ciudad rica, hermosa y próspera!

No la evoquemos, no, tal como es hoy, en que todo el orbe la conoce ni tal como fué ayer, tan propicia a la leyenda. ¡Saludémosla tan solo, los cubanos que aquí nos hemos congregado en este día de la patria, imaginándonos tal como ha de ser La Habana del futuro: digna de su hidalga prosapia pasada y de sus esfuerzos titánicos del presente! Digna de Cuba, esperanza nuestra...

París, 24 de febrero de 1925.

(Discurso pronunciado el 24 de febrero de 1925 en la fiesta organizada por el Comité Cuba, en París).